

LEJANIAS Y PROXIMIDADES DE JORGE GUILLEN

Creo que es difícil ver la propia vida de otra manera que como un bloque de memorias, fluir sucesivo mantenido en total unidad, sin que los hechos más abruptos, ni aun catastróficos, puedan con los más terribles cambios romper la continuidad, dividirla en épocas distintas. En la vida del hombre no hay posibilidad de «borrón y cuenta nueva»: uno se lleva a cuentas a sí mismo por todas las partes y en todos los minutos de su vida.

Así he pensado siempre que me he puesto a reflexionar sobre cómo mi entero existir se me representa en la memoria. Recuerdos de la niñez se simultanean con los de la juventud y con los más recientes, mediada ya la sexta década. Frente a la sucesión de los días, la simultaneidad inconsciente, extrarracional, de la memoria.

Quizá por eso nunca hasta hoy me había puesto a escribir «memorias», si bien hubo un tiempo en que llevé una especie de diario, y no por narcisismo sino como ejercicio de autorrecuperación: fue desde la primavera de 1937 hasta comienzos de 1941. Dejé de escribirlo cuando pude considerar que la vida tenía que seguir siendo vivida hacia adelante. Para vivirla en el cada día que pasa, que se queda fundido en el pasado y que se continúa aunque a veces uno ignorase cómo, por qué ni para qué, abandoné aquel empeño de ir la escribiendo en una desolada rumiante.

Por otra parte, si un novelista o un poeta se convierten ellos mismos en criaturas de ficción (de lo cual ha escrito con sus habituales agudeza y arte de ingenio el maestro Francisco Ayala en «Reflexiones sobre la estructura narrativa», *Los Ensayos*, Madrid, Aguilar, 1972; principalmente, pp. 397-422), todavía ha de ser mayor esa «ficcionalización» en unas memorias. Porque, perogrullescamente, lo recordado tiene que ser presentado desde la experiencia actual, en la que se han sedimentado vivencias que no se habían producido cuando lo ahora recordado era actualidad. Nadie es objetivo cuando habla de sí mismo, ni cuando habla de su vecino; mucho menos, por escrito. Y puestos a no serlo, más vale la ficción declarada que la falacia de una sinceridad... imposible.

Ahora un amistoso encargo me pone a escribir unos recuerdos en torno a un eje central: mis «contactos» —lecturas, encuentros, correspondencia, amistad— con don Jorge Guillén. Al tratar de hacerlo me saltan unos en medio de otros, confundidos en uno solo,acrónico, haciéndome difícil disciplinarlos, ponerlos en su sitio, tratando de que la confusión me impida la rememoración organizada, cumplimiento del encargo hecho desde una entrañable amistad y desde ella, en intención, servido.

Trazo un guión, mero apunte de datos temporales, y lo dejo a la vista, hilo de Ariadna que me conduzca no hacia la salida del laberinto, pues nadie sale vivo de él, sino hacia la ordenada relación de esos recuerdos que se me presentaban en bloque, con esa simultaneidad reacia a dejarse contener en la inevitable sucesión del lenguaje.

Otro punto me ha estado preocupando en el arranque de mi trabajo, consecuencia también de otra inevitabilidad: centrados los recuerdos en la figura admirable y querida del gran poeta, todos han de salir de mí poniéndome en grave riesgo de egotismo, del que debo apartarme por buen gusto, por natural pudor y por obligación profesional. Por añadidura, una muy próxima fecha de entrega del escrito no me deja tiempo para dar a todo tantas vueltas como serían necesarias. He de ponerme a recordar directamente sobre las cuartillas.

DE 1928 A 1936

Apareció *Cántico* el año en que yo había acabado mi bachillerato y comenzaba la Licenciatura de Derecho (Escuelas Pías de Daroca y Universidad de Zaragoza). Mi vocación literaria duraba ya años, pero mis lecturas distaban muchísimo de estar al día: puedo asegurar que no había leído nada de los jóvenes poetas de entonces y sólo unos poquísimos versos de los Machado y Juan Ramón, exactamente los que habían aparecido en *Los Poetas*; recuerdo así con toda nitidez mi primera lectura de Juan Ramón Jiménez, que fue su poema a Isaac Albéniz. Eso sí, sabía de memoria casi todas las rimas de Bécquer, un par de Doloras y todo *El tren expreso* de Campoamor, todo *El vértigo* de Núñez de Arce y cinco poemas de Rubén Darío («Los motivos del lobo», «Canción de Otoño en Primavera», el soneto «A Margarita», «Yo soy aquel...» y «Lo fatal»).

De 1928 a 1930 mis lecturas de poesía fueron muy extrañas: Emilio Carrere, Emiliano Ramírez Angel, Felipe Sassone y Mariano Tomás, más todo el teatro en verso de Villaespesa, Marquina y Fernández Ardeván. De todos ellos supe de memoria poemas de los que todavía me

vienen, a veces, inesperadamente, fragmentos. Es posible que fallos de memoria recarguen el aspecto casi cómico de algunos de esos recuerdos fragmentarios, pues nunca me he preocupado de cotejar lo leído y lo recordado. Ahora mismo puedo traer ejemplos que son realmente pintorescos, citando el autor pero no el libro, ni aun el poema, a que pertenecen:

*Barrio golfo. De noche, bajo de las farolas,
pobres peripatéticas, y la música sin
alma de las pianolas
que atruena el interior del cafetín.*

(Carrere)

*Amarilla y con ojeras,
no le preguntéis qué tiene,
que está queriendo de veras.*

(Ramírez Angel)

*Luego en la cena le hablé de tú
bebiendo vino de NPU.
¡Qué noche aquella de carnaval,
qué borrachera sentimental!*

(Sassone)

*La Virgen de los Dolores
vio mis lágrimas primeras;
yo le regalaba flores
para que tú me quisieras.*

(Tomás)

Entiéndase que no presento esos textos con mala intención, pues en cualquiera de sus autores pueden encontrarse poemas estimables, en línea con importantes escritos suyos de literatura narrativa, periódica o dramática. Al fin y al cabo, hasta en muy grandes poetas pueden encontrarse cosas todavía peores; sirva de ejemplo aquello de «¡Pensar que con este frío — hay tanta mujer sin novio!», cuyo autor decido, respetuosamente, no nombrar.

Desde octubre del 29 seguía los cursos de Derecho en la Universidad Central, y esos libros los había comprado en librerías de viejo de la calle de San Bernardo, porque los nombres de sus autores me eran conocidos por lectura de sus novelas, por referencias de prensa o por el teatro (en el caso de Sassone). La verdad es que mis lecturas en prosa ofrecían el mismo pobre y extraño panorama que las poéticas: muchísimas, pero muy mal escogidas. No es momento de detallarlas.

Todo fue cambiando a partir del otoño de 1930. Benjamín Jarnés,

cuya obra y cuya persona son para mí inolvidables, me honraba con su amistad y me aconsejaba con tanta paciencia como generosidad. Mis lecturas en verso fueron ya los clásicos, más Unamuno, Antonio Machado y Juan Ramón. Era un mundo distinto el que estos tres poetas me ofrecían; fue un deslumbramiento total. A lo largo de 1931 se extendió a otros poetas más jóvenes, gracias a la ayuda de Ricardo Gullón, recién conocido en casa de Jarnés; fue él quien me prestó los libros de los poetas de la generación del 27, entre ellos *Cántico*.

No fue ésta una lectura fácil. Hay gustos que no se doblegan a las exigencias de una valoración justa, racional. Quizá el rigor que Guillén ponía al servicio de su creación poética, algo que hoy hace mayor mi admiración por él, fue entonces una barrera que mi poco educado gusto no era capaz de cruzar. Pero tenía que ser cruzada: hubo relecturas, tantas que algunos poemas los aprendí de memoria. Me iba, pues, amoldando a ellos y con frecuencia recordaba fragmentos; el que más se repetía, hasta quedarse, creo yo, formando parte de mi subconsciencia, de tal manera que no me hubiera extrañado encontrarlo en un poema mío, era aquel de «... la luz piensa — colores con un afán — fino y cruel», que curiosamente pertenecía a una décima que nunca supe de memoria.

Si había en *Cántico* poemas que se me resistían, o a los que se resistía mi gusto, la poesía de Guillén en sí misma me interesaba mucho: quizá lo exacto sería decir que me imponía gran respeto. Recuerdo lecturas hechas en diarios como *El Sol* y *Heraldo de Madrid*, y en revistas como *Isla*, *Los cuatro vientos*, *A la nueva ventura*, *Nueva poesía*, *Hojas de Poesía*...

En el segundo número de *Literatura*, la revista que Gullón y yo publicamos durante 1934, aparecieron dos magníficos poemas de Guillén («Jardín que fue de don Pedro» y «Lo esperado», ambos incorporados a *Cántico* desde su segunda edición). Guardo la copia mecanografiada con la firma del poeta en esa escritura neta, decidida, que es todavía hoy la suya.

En aquellos años (1932-34) seguía habiendo en ocasiones una gran reserva en mis lecturas guillenianas. Recuerdo haberme sentido hostil ante poemas como «El distraído», y más aún con «El desterrado», leídos en alguna de esas revistas. Mi inadecuación de lector aumentaba por cierta meticulosidad formalista mía, lo que, no dejaba de ser contradictorio, o por lo menos muy confuso, ya que mi actitud entonces, y mucho más desde 1935, era reaccionar contra un esteticismo que se me antojaba demasiado «aséptico», quizá porque yo no podía —y sigo sin poder ni querer— separar la poesía de la literatura, condenando a ésta y expulsándola del ámbito «puro» del poema o no dejándola entrar

en él. La pureza absoluta no había existido nunca entre los hombres, o se había quedado dentro del paraíso imposible del que ellos habían sido también expulsados.

El caso es que en ese último poema la consonancia vahos-caos en vez de sorprenderme por su rareza me molestaba por sospecharla ríspida y, pareciéndomelo, no veía su explicación en un poema en que la polimetría, yendo desde alejandrinos a trisílabos, daba al poeta una gran libertad. Hubo de pasar tiempo y hubieron de posarse lecturas y relecturas, hasta que me diese cuenta de la reiteración en Guillén de esas dos voces, «vaho» y «caos», sin motivaciones de rima o de ritmo, en otros poemas. Así, en «La rendición al sueño», que estaba ya en el *Cántico* de 1928, ambas están entre las palabras básicas del poema; incluso en una versión anterior el título había sido «Vaho lento». Vaho y caos aparecían tres veces cada una. Cuantitativamente así se han conservado en todas las ediciones posteriores, si bien desde la cuarta (Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1950) las tres menciones de caos, que se habían repartido en tres líneas, se agrupan en un solo verso. Nunca, mientras el poeta viva, podremos dar por definitiva una versión, pero al repetirse así en *Aire nuestro*, bien podemos admitir que ésta lo es. El hecho es que todas esas observaciones me habían hecho ver que mi vieja sospecha de ríspido había sido un error. (Conviene decir que mi recordar a vuela pluma se ha interrumpido para comprobar la exactitud de mis recuerdos en ese punto, cotejando textos y ayudándome de la excelente edición del segundo *Cántico* hecha por José Manuel Blecua, Editorial Labor, Barcelona, 1970.)

En 1935 y en los primeros seis meses del 36, Unamuno y Antonio Machado fueron, entre los contemporáneos, mis poetas más admirados y releídos. Lo que buscaba en la poesía me lo daban plenamente ellos, y sólo muy ocasionalmente lo encontraba en los poetas del 27.

DESDE 1936

Más bien debería haber escrito «desde 1939»; tras esos dolorosos, trágicos años, esas lecturas, siempre mantenidas, alternaron con las de Juan Ramón Jiménez, otra vez, con las de León Felipe y con las de Salinas, Guillén, Alberti, Lorca y Cernuda. Todos tenían en común el prestigio de estar condenados a silencio oficial, lo cual los hacía próximos, es decir, se creaba al margen de la lectura una afinidad más amplia que propiciaba el acercamiento a la obra. Simplemente leerlos era un modo de definirse.

La segunda edición de *Cántico* era uno de mis libros más esti-

mados. La serenidad guilleniana, su gozosa contemplación del vivir, su alto exigido tono que tal vez habían sido obstáculos para mis anteriores aproximaciones, sobre todo en 1935 y 1936, se enriquecían ahora y se justificaban con la resuelta actitud del poeta frente al régimen.

Cuando en 1948 tuve ocasión de iniciar unas ediciones de libros de crítica literaria, pensé inmediatamente en uno sobre Guillén. Conocía el ensayo que estaba escribiendo Blecua y sabía que también Ricardo Gullón andaba en lo mismo. Ambos estudios podían formar conjuntamente un volumen y, efectivamente, el segundo de «Estudios Literarios» fue *La poesía de Jorge Guillén*, de Ricardo Gullón y José Manuel Blecua, publicado en Zaragoza a comienzos de 1949. Se juntaban en él los nombres de don Jorge, los de mis fraternales amigos y el mío. Creo que desde entonces los asocia el gran poeta por modo automático, suscitándole cualquiera de ellos el recuerdo de los otros dos.

Hoy la bibliografía crítica de la obra guilleniana es ya abundante, pero el primer libro que sobre *Cántico* se publicó en España fue ése. (Había salido en 1946 el de Joaquín Casaldueiro, publicado en Chile; la bibliografía de don Jorge no pudo comenzar con mejores auspicios que los afirmados por esos tres críticos suyos. En cuanto a «Estudios Literarios», salió un tercer volumen, *Vida y obras de Federico García Lorca*, de Angel del Río, en 1952. Otro sobre Salinas, que iba a hacer Manuel Alvar, quedó en sólo proyecto.)

Con esa edición comenzó una relación más directa que iba preparando el acercamiento personal, afirmada ya decisivamente la admiración por la obra. Mi ejemplar del segundo *Cántico* estaba ahora acompañado del tercero, el de 1945. La lectura era una experiencia cada vez más intensa. Era apasionante ver (y quiero ahora pedir prestadas a José Manuel Blecua las más adecuadas palabras) «cómo J. Guillén crea y recrea el poema de un modo delicado y tenaz, hasta llegar a esa forma definitiva en la que hasta el más simple guión es significativo, buscando además la mayor exactitud en la expresión y la mayor claridad. Demuestra además algo muy revelador: cómo Guillén se instala, por decirlo así, en el motivo inicial del poema y vuelve a esa instalación al cabo del tiempo, reencontrando de nuevo sus sensaciones, emociones o situaciones con facilidad sorprendente, con una coherencia expresiva casi única en la historia de la poesía española.» (En la edición de Labor, ya citada.)